

D.I.O.S.

**ENCIÉNDELO
Y ÉL SE
OCUPARÁ DE
TUS
PROBLEMAS**

D.I.O.S.

**ENCIÉNDELO
Y ÉL SE
OCUPARÁ DE
TUS
PROBLEMAS**

JOSÉ MARÍA MAESA

Primera edición, noviembre 2016

© José María Maesa, 2016

© Triskel Ediciones, 2016

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-946057-7-2



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5,
41009, Sevilla, España
triskelediciones@triskelediciones.es
www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Epílogo (esta historia podría ser circular)
Mojón icosaédrico

En la historia de este y todos los demás cosmos han existido numerosos enfrentamientos entre dioses y mortales. Algunos fueron resueltos por el valor, otros por cataclismos, fauces devoradoras o batallas aniquiladoras. Uno de ellos se solventó con una navaja multiusos y una cagada.

Es difícil calcular el tamaño de un icosaedro que atraviesa el vacío interestelar, sin puntos de referencia ni cintas métricas al alcance de la mano, pero al menos sé que es un icosaedro. ¿Es, o más bien, soy? No sé, pero la profecía dice que un día el bramido y el calor envolverán su/mi superficie, que dejará de ser de color marrón oscuro y pasará al rojo incandescente. La caricia de la atmósfera será el preámbulo gaseoso al abrazo que se verá obligada a darle la corteza rocosa y polvorienta, o tal vez líquida y helada, de un planeta. Cuando eso ocurra, la cápside icosaédrica se abrirá, y de su interior brotaré como lo que un día glorioso fui: una especie viva y parasitaria capaz de aniquilar planetas y escribir obras de literatura inútiles.

Toda la humanidad excretada justo antes del fin. ¿Por qué un dios moribundo decide, con su último hálito de consciencia, generar un icosaedro que encierre tanta inutilidad, tanta consciencia diseminada en individuos que tardaron milenios en lograr, por fin, concentrar toda su consciencia en un solo punto? ¿Por qué lo último fue cagarme a mí? ¿Por qué

D.I.O.S.

esa voluntad de volver al principio, como si el final no fuera mucho mejor, más noble, más elegante, más valioso? Y ¿por qué en forma de icosaedro?, ¿tuvo Dios sentido del humor y me excretó con la misma forma de un virus para recordarme lo que soy?, ¿o es que su culo es tan perfecto que su esfínter tenía la forma de un sólido platónico?

Prólogo
**Yo he venido a hablar de mi libro: La Tercera Gran
Revolución**

En algún momento de 1993.

Esta noche tenemos con nosotros a Isabelino González Brocal, quien acaba de presentar un libro en el que desmenuza su propuesta para solucionar la crisis... Cuando Isabelino se sentó en aquella silla forrada de escay desgastado por cientos de culos de escritores de pacotilla y oscuros políticos locales, le dio por pensar que acudir a aquella televisión marginal tal vez pudiera no haber sido una buena idea para promocionarse, obviando por un momento el hecho de que se trataba de eso o nada.

Tras aquel destartelado mostrador estaba el presentador, un ser que se ocultaba bajo una estruendosa capa de maquillaje, y que tal vez por el grosor de la misma, parecía tener una cabeza que superaba con creces el límite de Chandrasekhar, y que estaba acompañado por el “sabio” del programa, un espécimen de periodista que había vivido los últimos trescientos años en la penumbra de alguna redacción. Además, y aportando frescura, había una señora que, si se le daba el tiempo suficiente, acabaría culminando su evolución natural en directora de aquelarre.

—¿Cómo cabría calificar su libro, *La tercera gran revolución*?, ¿se trata de un pronóstico o de una propuesta sobre cómo solucionar los problemas económicos, políticos y sociales que nos acucian?

—No se trata de un pronóstico, ojalá fuera eso, más bien es un deseo. Con la salvedad de que este deseo, a diferencia de los que pedimos a las estrellas fugaces o al apagar las velas, es fácilmente realizable. Sólo tendríamos que estirar un poco el brazo y alcanzarlo.

—Pero, Isabelino, explíquenos, ¿en qué consistiría esa rebelión de las máquinas, esa Tercera Gran Revolución que da título a su obra?

—¡Nada de rebelión! De lo que hablo en el libro no es de una revuelta, o un alzamiento de robots y ordenadores, en plan Asimov. De lo que hablo es de un cambio drástico en la forma de relacionarnos con el mundo, que en cierta medida ya se encuentra en marcha, y que estaría a la altura de los cambios que supusieron el Neolítico, con la sedentarización y la agricultura, o la Revolución Industrial. Hasta ahora, el mundo, me refiero a la sociedad, ha sido un caos de fuerzas e intereses contrapuestos y de muy diferente intensidad y alcance. A duras penas han ido generándose patrones de organización, pequeñas islas de orden que siempre han beneficiado sólo a minorías y que, por lo tanto, jamás han sido organizaciones permanentes, pero sí caldo de cultivo para guerras, crisis y revueltas, más caos, en definitiva. Pero ahora, por primera vez en la historia, tenemos en nuestras manos las herramientas para lograr que esto deje de suceder.

—Es decir, que ha dado con la forma de terminar con la crisis...

—¡La crisis! Es mucho más que eso. La crisis no es más que un episodio dentro del caos que nos gobierna. Lo que yo explico en mi libro es que deberíamos plantearnos el sustituir el desgobierno del mundo, esa suma de intereses y necesidades, por un sistema que nos organice. Deberíamos crear un gran cerebro capaz de poner lógica en la organización del mundo. Y

eso es factible, no se trata de un sueño. La sociedad humana funciona como un único ente, un superorganismo para determinadas cosas, como por ejemplo, el arte o el progreso tecnológico, a los que muchos cerebros aportan ideas para beneficiar a toda la especie. Pero somos incapaces de organizarnos para el día a día, para que todos tengamos nuestro trabajo y algo que comer, nuestro individualismo nos impide convertirnos en algo tan eficiente y equilibrado como una colonia de termitas o un panal de abejas. Por eso, nos hace falta ese cerebro organizativo, puramente racional, carente de emociones e individualidades. ¡Y lo tenemos!

—Se refiere a los ordenadores.

—¡Exacto! No tiene sentido que el mundo esté gobernado por un montón de seres volubles, enamoradizos y caprichosos, que lo mismo se embelesan con un cuadro de Picasso, como necesitan doscientas prostitutas al año o deciden rezarle a un ser fantástico inventado por ellos mismos. Deberíamos dar los pasos necesarios para que un superordenador controle, gobierne y organice la sociedad global.

—Pero, señor González —el sabio de la reunión tomó la palabra—, ¿no le parece a usted que después de los siglos que nos ha costado conquistar la democracia sería triste renunciar a ella para entregarnos a la dictadura de una máquina?

—La respuesta a su pregunta es sencilla: No. No sería para nada triste renunciar a una falacia como la democracia, porque no es realmente democracia, y porque aunque lo fuera, según mi tesis con esa renuncia se acabarían las guerras, el hambre y la desigualdad en el mundo. En el mundo hay suficientes recursos para que todos vivamos en él, pero somos incapaces de organizarnos. ¿Por qué no dejar a alguien al mando que sí sea capaz de hacerlo?

—Pero, imagínese —el viejo continuó con vehemencia y una socarrona sonrisa que él creía que le daba algún tipo de ventaja—, resulta que por el motivo que sea, un año hay carestía y es imposible alimentar a los miles de millones de habitantes del planeta y, su supercerebro, puramente racional, decide que lo mejor es sacrificar parte de la colonia de termitas-humanas para evitar que los demás pasen hambre. Eso, para una mente racional, un apicultor que cuida de sus abejas, sería una decisión lógica, ¿no?

—El hipotético caso del que me habla probablemente se evitaría con una adecuada prevención. Pero reconozcamos que entra dentro de lo probable el que hubiera que aplicar algún tipo de medida de control poblacional. No podemos crecer indefinidamente. Ni puede hacerlo la población, ni tampoco la economía. El decrecimiento, o al menos, el mantenimiento, debería ser una política asumida.

Entonces se animó la mujer:

—Fantástico, es fantástico. Debo reconocerle, señor González Brocal, que su libro me ha fascinado. Creo que toca temas fundamentales de nuestro tiempo. Y su enfoque me ha impactado. Permítame alabar su decisión de escribirlo en forma de ensayo, y creo que Stanislaw Lem estaría de acuerdo conmigo en esto. Pero lo que entiendo que Isidoro ha insinuado es que ese mundo que propone da escalofríos y se asemeja terriblemente a cualquier pesadilla orwelliana de un mundo ultracontrolado y...

Isabelino sabía que aquello iba a pasar, era complicado que la gente entendiera su propuesta como eso, como una propuesta seria. Era complicado que el mundo comprendiera, como él ya había asumido, que su única salvación era una pesadilla orwelliana.

I

No queremos que Dios nos posea, ¿no?

D.I.O.S.: enciéndelo y él se ocupará de tus problemas. Letras negras de varios metros en un fondo impoluto de blancura y vacuidad. No era la primera vez que veía aquel anuncio. En las últimas semanas aquel bicho de mil tentáculos tecnológicos en el que se había convertido la empresa iG no permitía que ninguno de sus súbditos, es decir, cualquier miembro de la humanidad capaz de consumir, más alguno que otro no tan humano, permaneciera al margen de la campaña de su nuevo producto: D.I.O.S., el Dispositivo Inteligente para la Organización y la Seguridad. Mi desinterés por las nuevas tecnologías no me había preservado de saber que ese nuevo hito era algo así como un super sistema operativo, con cacharro incluido, que era capaz de hacer cualquier cosa. Lo que no tenía muy claro era si ese *cualquier cosa* se limitaba a actualizar Facebook y jugar a World of Warcraft, o incluía otros temas también útiles, como ayudarte a cagar si estabas estreñado y a recalentarte los macarrones con tomate del día anterior, o a tu pareja para poder follar.

¡A la mierda! En un arrebato de carácter y energía decidí mandar a tomar por culo mi firme decisión tomada unos veinte minutos antes y materializada hacía diez al montarme en el autobús urbano para evitar llegar demasiado tarde a mi cita con Ramiro. Me bajé del vehículo que ni había arrancado ni

parecía que fuera a hacerlo, presumía que debido a algún problema imprevisto en el tráfico que a mi paciencia no le importaba un pimiento. Ahora prefería sacrificar los setenta céntimos de mi tarjeta de transporte, porque mi dignidad era mucho más importante que mi paupérrima cuenta de parado de larga duración. Mi dignidad, en aquel momento, puede que llegara incluso hasta los ochenta céntimos. Lo cierto es que, otra subida más del transporte público, y un gesto de rabia como ese sería vivir por encima de mis posibilidades.

—¡Oye, oye!

Mi gesto decidido y la determinación de mi expresión debieron convencer a aquella señora, la única imbécil que además de mí seguía, diez minutos después, esperando que el autobús se pusiera en marcha, para intentar recabar algo de información preguntándome.

—¿Tú sabes por qué no nos movemos?

—Ni idea. Supongo que algún problema en el tráfico o...

—¡Si es que no paran! Un día sí y uno no hay una manifestación... como si eso fuera a arreglar algo.

—Sí, supongo que puede ser que...

—¿Sabes por qué hay tantas manifestaciones?, ¡pues porque la gente está en paro y no tiene otra cosa que hacer!

—Bueno, señora, hay que pelear por...

—¿Tú estás en paro, verdad? —disparó a bocajarro

—Pues no —mentira imposible de creer—, es que tengo unos horarios muy libres... trabajo en casa.

—¿Eres amo de casa?

—No, no es eso.

—Hoy en día hay muchas parejas en las que la mujer trabaja y el hombre cuida los niños. ¡A mí eso me parece *mu*

requetebién! —Parece ser que teníamos una señora librepensadora.

—Pero no es eso...

—¿Sabes?, en mis tiempos eso no se veía. Tú hubieras sido un bicho raro. Ahora estoy segura que muchos amigos tuyos están igual.

—Que no, señora, es que soy escritor, y trabajo en casa.

—Ya, ya, en serio que admiro a vuestra generación. Crisis han habido siempre, pero es que esto, no sé, parece otra cosa. Yo la posguerra no la viví, dicen que eso fue horrible. Pero no sé, esto es tremendo.

—La verdad es que me tengo que ir. Llego tarde a una cita y...

Su última pregunta personal me pasó rozando. Abordaba otro gran tema que preocupaba al colectivo de las señoras de autobús y otros medios de transporte, la baja natalidad: ¿tú tienes niños? Por suerte yo ya había iniciado la huida y pude zafarme.

Dicen las leyendas que en una ocasión Ramiro fue puntual a una cita. Yo creo que aquel día, si realmente existió, mi amigo no fue puntual, sino que llegó a tiempo por algún efecto relativista debido a la gravedad de sus huevos. Por eso, si se diera el caso de que por llegar yo tarde, en lugar de esperarlo veinte minutos, lo esperara sólo cinco, no debería tener ningún efecto irreversible en el espacio-tiempo.

Pero enseguida supe que era posible que nos encontrásemos ante un hecho único, no predicho por ninguna teoría. Pudiera ser que Ramiro acabase esperándome a mí. La manifestación era inusitadamente grande. Miles de personas estaban

bloqueando el final de la avenida y ocupaban toda la extensión del Prado de San Sebastián. El estridente jolgorio entre lo carnavalesco y lo hortera de todas las manifestaciones que había visto hasta entonces, con mensajes girando en torno al chorizo o la cueva de Alí Babá, contrastaba con el considerable silencio que imperaba allí. La solemne figura ecuestre del Cid, que campeaba habitualmente sobre el humo del tráfico, había tomado partido, y enarbolaba en su lanza una pancarta que no dejaba lugar a ninguna duda: *¡Cabalgaré sobre todos vosotros!* Con el Cid de su lado, aquella guerra del nutrido hormiguero de la clase media contra el indestructible Dr. Manhattan, versión banquero, puede que adquiriera un cierto tono de poema épico, pero seguía siendo la misma bazofia de guerra desesperada que antes.

La verdad es que el Cid tampoco especificaba en su estandarte sobre quién pensaba cabalgar. Yo había asumido que aquel era su ejército y que las enormes patas de bronce de Babieca estaban dispuestas a aplastar cráneos y destrozarse cajas torácicas de políticos y banqueros, pero pudiera ser que el mensaje fuera más nihilista y autodestructivo, o que incluso aquella manifestación lo fuera, asumiendo que todos serían aplastados por aquel héroe de metal.

Mientras intentaba vadear la corriente humana pensé otras muchas imbecilidades, y también percibí algo. Desde el comienzo de la crisis, demasiados años atrás, las protestas ciudadanas habían, lógicamente, aumentado en frecuencia y participación. Pero aquello que me rodeaba era una nueva evolución. Me estaba sumergiendo en una mancha gris, allí no había esperanza, sólo frustración y una rabia que incluso me asustó. Tuve la impresión de estar atravesando una masa informe salpicada de caras tristes y miradas brillantes. No fue

mi cita con Ramiro lo que me hizo apresurarme para salir de allí. Todo apuntaba a que en algún lugar no muy lejano una grieta había roto la Tierra y por ella había emergido una sustancia viva y furiosa, un magma frío harto de haber vivido aplastado bajo la corteza terrestre, a la que le tocaba todo el sol y las vistas.

Conseguí salir de aquel ambiente opresivo. Por suerte no soy muy empático, si no hubiera acabado convertido en uno más, zombificado por la desesperanza y la furia. Nunca he sido muy soluble socialmente hablando, en todo caso, un poco al estilo del *hombre de la multitud* de Poe, esa especie de espíritu inadvertido que vaga entre los demás, que de ellos extrae su energía, su razón de ser, esencialmente gregario, pero sin capacidad para combinarse con los demás. Así que en cuanto puse un pie fuera del magma, Ramiro y su inesperada convocatoria pasaron a ser el tema de mis divagaciones.

Había evitado la calle San Fernando y la Avenida de la Constitución, ocupadas por el magma triste, y me dediqué a recorrer los Jardines de Murillo y a esquivar esquinas inopinadas y turistas despistados callejeando para poder llegar a la Campana cuanto antes. Cuatro o cinco veces en los últimos tres años, no creo que lo hubiera visto mucho más. Y en ninguna de esas ocasiones había sido porque él me llamase para vernos, sino porque yo me había sentido con ánimo suficiente como para perseguirlo por las redes sociales hasta arrancarle un compromiso de encuentro.

Ramiro también vivía en un mundo distinto, pero a diferencia de la entidad amorfa surgida de las profundidades que había dejado atrás apoderándose de la ciudad, a él la ciudad se la traía floja. A él tampoco le daba la luz del sol, y aún más que yo, era totalmente insoluble en la sociedad. Sin

embargo, su red de amigos, conocidos y contactos era impresionante. Siempre tenía alguien a quien recurrir que sabía, otro que le conseguía o una fuente que le informaba, aunque en todo caso eran entes inmateriales, seres que, como él mismo, se comunicaban, vivían y desarrollaban su actividad en internet. Su medio natural era la red de redes, y no tengo ni idea de a qué se dedicaba exactamente, cómo se ganaba la vida u otros parámetros que en el mundo vulgar y limitado que mis pies recorren se utilizan para baremar el éxito. Sin embargo, creo que su cara amarillenta, su pinta descuidada y no pocas veces maloliente, expresaban que Ramiro era un hombre de éxito, que pertenecía a esa parte de la especie más evolucionada para la cual el trozo de carne al que llamamos cuerpo, y en el que estamos condenados a vivir, no era más que un atavismo, un residuo del pasado que deberíamos aspirar a abandonar definitivamente. Él, de momento, lo utilizaba para poco más que teclear en su ordenador, por eso conseguir que lo empleara para desplazarse hasta un lugar físico concreto de la ciudad y tener una reunión conmigo suponía un hecho insólito. Aún más si teníamos en cuenta que había sido él quien había insistido: “porque tengo algo muy urgente que contarte”. Intrigante, cuanto menos.

Llegué a la Campana diez minutos tarde, por supuesto esperé otros diez minutos a que llegara Ramiro. Se acercó a mí, sin verme, desubicado en un extraño y limitado mundo que no frecuentaba, exultante de éxito, más amarillento, desaliñado y maloliente que nunca. Me dio uno de sus destartalados abrazos que me permitió comprobar la enormidad de su éxito. Hacía pocos meses que lo había visto por última vez, pero enseguida estuve convencido de que algo definitivo había cambiado en él. Supuse que estaba

comenzando la metamorfosis que lo transformaría en una pieza de *hardware* más de su sistema informático.

—Aquí hay mucha gente. Vamos a un sitio tranquilo.

Ya he comentado nuestra mutua insolubilidad social, pero aquello me pareció excesivo hasta para Ramiro. Recuerdo que cuando, unos veinte años atrás, un engendro no tan maloliente, pero ya considerablemente amarillento, se sentó junto a mí en la mesa de mi clase del instituto, no sólo encontré un amigo, sino un futuro consejero cada vez que quisiera comprarme un ordenador y, sobre todo, un recurso casi infalible para conseguir relacionarme con el resto de la humanidad. Él se lanzaba a desconcertar y apabullar a nuestros compañeros sin pudor ni capacidad social, y yo, tímido y oportunista, me apresuraba a aprovechar su estela de elefante friqui en cacharrería social para construir relaciones basadas en reparar y mitigar sus excesos y torpezas, que por mí mismo hubiera sido imposible o muy costoso. Y ahora parecía un ser tímido y huidizo con eso de “vamos a un sitio tranquilo”. Yo estaba ansioso por saber qué quería contarme, así que le propuse un bar cercano con una segunda planta en la que nadie nos molestaría.

Mientras caminábamos hacia el bar, Ramiro cumplió con el protocolo: *enhorabuena por tu último libro, aún no me lo he leído, pero me lo quiero comprar, ¿cómo fue la presentación el otro día?, ¿cinco personas contando tus padres y los del editor?, ¿quién fue la quinta persona?, ah, el dueño de la librería, claro, es que ya se sabe, si no eres nadie conocido es muy difícil...* Por suerte el bar estaba cerca, así que pronto pudimos entrar en materia interesante. El lugar estaba vacío, era un bar recién abierto en una calle que, aunque cercana a la Alameda, era de paso, y además, no es que el tipo se hubiera esforzado por montar un local atractivo, más bien

se trataba de una especie de tugurio. Sólo que los tugurios no se montan, sino que surgen espontáneamente, y este hasta olía a pintura fresca. Un total desastre. Por lo tanto, a aquella hora, las seis y media de la tarde, el camarero casi se asustó al vernos entrar. Más aún cuando decidimos subir a la lóbrega planta de arriba en la que milagrosamente encontramos una mesa y unas sillas, rodeada de botes de pintura, cajas de refrescos y barriles de cerveza. El lugar era un auténtico asco, es decir, perfecto; nos sentamos a la mesa, y comenzó el espectáculo. Ni siquiera tuve que preguntar, o ir acercándonos al tema en cuestión. Supongo que tener una mente computerizada tiene algunas ventajas:

—Nunca te he hablado de OTI, ¿verdad?

—No.

—Como resulta que importa más bien poco quiénes somos, te diré que hace años que creé, junto con un grupo de colaboradores, una organización encaminada a la invisibilidad: Organización Tecnológica Indetectable.

—¿Qué quieres decir con invisible?

—Pues eso. Que nadie puede verme o seguirme el rastro.

—Peero, ¿cómo?, ¿en plan Harry Potter?

—Algo así. Pero te hablo de internet, claro.

—¡Claro!, no ibas a ir invisible por el mundo real, eso sería... no sé, una grosería.

—Primero, internet no es menos real que lo que tú llamas *el mundo real*. Segundo, es infinitamente más interesante y útil ser invisible en internet. Y tercero, no es esto de lo que te quería hablar.

—¿Entonces?

—Tenía que contarte que existe OTI para que entendieras que... —Decidí que lo mejor era abreviar aquello. Conociendo a Ramiro, OTI podría prolongarse demasiado tiempo.

—Está muy bien lo de OTI, pero no lo voy a entender. Mucho mejor que vayas al grano.

—Pues te quería hablar de Dios.

—¡De Dios! ¿Te has vuelto religioso?

—No, gilipollas, D.I.O.S., el nuevo sistema operativo de iG.

—Uff, pues no sé, yo cambio de sistema operativo cuando cambio de ordenador. Y el mío está nuevecito así que...

—Es que DIOS no es simplemente un sistema operativo. Para usarlo será necesario adquirir un dispositivo específico de iG, o varios, o todos los que quieras tener, con los que tendrás acceso inmediato a D.I.O.S., una entidad inteligente capaz de acceder a Internet, gestionar tus cuentas, tus diferentes aparatos, tus citas del médico o lo que quieras. Además, interactuar con él será muy sencillo, pues se podrá hablar con él de tú a tú, como una persona real. Pero todo eso es la parte visible. La verdad espelúznate es que iG ha diseñado a D.I.O.S. para que, paulatinamente, pero en un plazo corto de tiempo, llegue a absorber toda la información del mundo. Y no hablo de internet, sino *toda* la información del mundo.

—¡Venga ya! Eso suena a un relato de Borges. ¿Has leído ese de la *Biblioteca de Babel*? —Mi referencia literaria no impresionó a Ramiro, que en ese punto había comenzado a ejecutar el programa de *explicación de tema geek a subnormal profundo*.

—Gracias a OTI hemos podido infiltrarnos en iG y hemos sabido que DIOS no es un programa que te instales en tu ordenador y cumpla una serie de funciones, sino que es una especie de agujero negro de la información que utiliza sus tentáculos para barrer el mundo en busca del menor y más

recóndito de los datos. Imagínate, esa criatura —a Ramiro le brillaban los ojos y el entusiasmo le hacía mover las manos más espasmódicamente que de costumbre—, ese auténtico dios, estará de aquí a no mucho tiempo en cada casa, oficina e institución, controlándolo y sabiéndolo absolutamente todo.

—La verdad es que no me estás impresionando en absoluto. No es nada nuevo, las empresas tecnológicas llevan años acumulando información, y eso por no hablar de Snowden y lo que ha revelado sobre lo que hacen los estados con nuestros datos— el brillo de sus ojos me hizo pensar que a lo mejor no era sólo entusiasmo y fascinación, ¿podía haber también un poco de terror?

—Sí, pero no es sólo eso. Hasta ahora la información la habían obtenido de forma casi inevitable del servicio que ofrecían. Luego, a esa información, por supuesto que le sacaban un jugoso partido. Pero ahora no se trata de tener una base de datos para vender publicidad, no se trata de saber dónde vives, lo que comes o qué página porno visitas para machacártela, ese tipo de información hace mucho tiempo que la tienen. DIOS va mucho más allá de esas minucias. Ni siquiera se limita a desvelar secretos de estado o empresariales, Wikileaks es una mariconada al lado de D.I.O.S. Es un sistema que está diseñado para, a partir de la primera letra del Quijote, ir avanzando hasta tener todas y cada una de las letras de la novela. Y digo *tener*, no simplemente *leer*. DIOS irá acumulando pedazos del mundo, la información a la que se reduce cualquier cosa, desde tu ordenador, hasta el último ladrillo de este bar repugnante al que me has traído, todo se reduce a información, todos somos reducibles a una serie de datos. DIOS aspira a tener todos esos datos, inmiscuirse en el

mundo, ser el mundo, en definitiva, DIOS quiere convertirse en Dios.

Si no fuera por la vehemencia y la pasión que le estaba poniendo, ya habría soltado una carcajada hacía rato. Aquello sonaba a teoría de la conspiración a la enésima potencia. Una empresa quería crear a Dios para controlar el mundo.

—Vale. Entonces, resumiendo, que me espere para instalarme el siguiente modelo de DIOS que será la repera, ¿no?

—Te lo estás tomando a coña, y esto es muy serio. Lo más serio que tú y yo hemos vivido, por mucho. He quedado contigo, personalmente, porque a estas alturas ya no puedes fiarte de ningún canal seguro para comunicarte, salvo la red OTI que estamos creando, pero a ti —en este punto, Ramiro no lo dijo, pero oí claramente como pensaba, *a ti, simple humano no evolucionado*—, que no perteneces a esa red, debía decírtelo en persona, en un lugar tranquilo, como este, donde nadie ni nada pueda oírnos. Por cierto, ¿el camarero no piensa venir a tomar nota?

—Vale, pues muchas gracias por el aviso. —En ese instante no tenía muy claro si debía estar agradecido, o debía preocuparme porque la crisis psicótica de Ramiro, que tantas veces había temido que se produjera, al fin había llegado.

Entonces, mi amigo, con un gesto de impaciencia, tal vez rabia contra el obtuso e inculto tecnológico que se sentaba enfrente, recurrió a lo que debió ser una medida desesperada. Agarró la pequeña mochila que siempre llevaba, más bien una especie de bolsa, como un globo desinchado que nunca, hasta entonces, imaginé que pudiera tener alguna utilidad más allá de subrayar la elegante chepa de su espalda. De su interior extrajo un pequeño recipiente alargado, como un tubo de

ensayo, lleno de una sustancia de color amarillento, me recordó al medio de cultivo de bacterias.

—Hemos conseguido crear una versión en miniatura y mucho más limitada de DIOS. Este aparato absorbe los datos directamente, necesita entrar en contacto con las partículas elementales, y sólo es funcional cuando se trata de estructuras muy simples. Ni seres vivos, ni materiales tecnológicos, ni nada por el estilo...

—¡De qué coño me estás hablando, Ramiro! Eso es una mierda de gelatinaapestosa. Me estás asustando, ¿te has tomado tu pastilla?

—Vale, observa.

Lo que vino a continuación supuso el fin del mundo real. A partir de ese momento la pastilla roja que Ramiro me había hecho tragar sin darme cuenta, comenzó a hacer efecto. Mi amigo se remangó el jersey, como un mago televisivo, nada por aquí, nada por allá, se sacó una piedrecita del bolsillo y la introdujo en el tubo de vidrio. Lo giró varias veces para que la piedra bailara en su interior, y luego la extrajo con suma delicadeza con unas pinzas. Entonces sacó una pequeña batería con unos cables pelados que le colgaban y dijo: *hay que estimularlo eléctricamente*, como si eso fuera una aclaración para mí. Puso en contacto el extremo pelado de los hilos de cobre con el fluido y, unos segundos después, apareció. La piedrecita, que Ramiro había sacado hacía un momento del recipiente y que había colocado encima de la mesa, tenía ahora un duplicado en el interior del tubo.

—Supongo que los brotes psicóticos deben ser contagiosos —mientras decía esto me ofreció las dos piedras. Eran idénticas, mismo peso, misma textura, mismo olor, al cabo de un instante no supe cuál era la original.

—¿Cómo lo has hecho? Nunca me han gustado los trucos de magia, saber que me van a tomar el pelo me pone nervioso.

—No te he tomado el pelo, si quieres, hazlo tú.

Tuve que hacerlo, tuve que comprobar que el mundo nunca había sido un lugar sólido, que lo material no era diferente de lo imaginado, que una gelatina apestosa era un dios creador. El resto de la reunión con mi amigo transcurrió en un proceso de asimilación que nunca ha concluido. Él, despiadado, me lanzó varias bombas más. Por ejemplo, que aquella gelatina era aproximadamente un duendecillo al lado de Zeus si lo comparábamos con D.I.O.S., el cual era capaz de asimilar la esencia de cualquier cosa y persona, y por tanto, replicarlo sin necesidad de entrar en contacto físico, simplemente a través de la red.

—¿Cómo que a través de la red?

—A través de internet puede comunicarse con los supuestos sistemas operativos DIOS que la gente se vaya instalando, de forma que los terminales y ordenadores en los que funcione este sistema son como los tentáculos del dios.

—Bueno ¿y qué ocurriría si instalase DIOS en mi ordenador?, ¿qué pasaría si mi pc fuera uno de esos tentáculos? No me irás a decir que podría duplicarme...

—Podría duplicarte, podría eliminarte, podría crear una versión diferente de ti... por eso era importante que nos viésemos, por eso quería prevenirte para que hicieras todo lo posible para no entrar en contacto con DIOS o cualquier dispositivo que funcione con DIOS. No queremos que DIOS nos posea, ¿no?

Entonces, Ramiro se levantó y alegó que debía irse, que tenía prisa. Yo lo seguí maquinalmente mientras intentaba asumir que nada era ya lo mismo. Bajamos de la planta alta, pasamos

D.I.O.S.

por delante de la barra donde estaba el camarero que ni siquiera levantó la mirada, su cara absorta contemplaba la pantalla de su móvil.

